



«EL CAMINO»

«La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma»

(McA. 4,32)

Servicio informativo del Instituto y de la Legión de Cristo Rey

Nº 32 – 26 de octubre de 2007



En la foto puede apreciarse a un grupo de milicianos fusilando la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, en su gran monumento del Cerro de los Angeles, centro geográfico de España, en plena persecución religiosa.

¡BEATIFICACIÓN HISTÓRICA!

El próximo domingo, día 28 de octubre, serán beatificados solemnemente en la Plaza de San Pedro, en Roma, 498 mártires de la persecución religiosa (¡muy mal llamada “guerra civil” simplemente!) durante el siglo XX en España.

Será la ceremonia más numerosa en la historia de las beatificaciones.

Fueron torturados y asesinados por los “sin-Dios” únicamente por odio a la fe y a la Iglesia Católica, ¡no por “razones políticas”!

Leyendo cada martirio en particular, uno queda sobrecogido de espanto por el grado de crueldad y salvajismo a donde puede llegar un ser mínimamente humano y racional.

Todos entregaron heroicamente sus vidas por amor a Dios, rezando y perdonando a sus verdugos. Muchos murieron al grito emblemático de ¡Viva Cristo Rey!

¡No se registró una sola apostasía!

Estos nuevos “mártires” se suman a los ya beatificados y a otros miles que ya están siendo investigados.

¡Qué actualidad la de estos “campeones de la fe” en medio de esta sociedad “post-moderna” paganizada y suicida, que ha vuelto a renegar de Jesucristo, votando por “el César” y pidiendo libertad por “Barrabás”, como en aquel trágico, vergonzoso y glorioso Viernes Santo!

¡Qué ocasión tan “providencial” para que los católicos (en todos los niveles) hagamos un sincero *examen de conciencia*, comparando la santidad y la valentía de aquellos obispos, sacerdotes, religiosos, seminaristas, hombres y mujeres de todas las edades y clases sociales, provenientes de toda la geografía española... comparando –repito- con nuestras tibiezas, cobardías y “complejos” de inferioridad ante los poderes políticos, reconocidos “sucesores” de Poncio Pilato!

¡Qué gozo contagioso debería inundar nuestros corazones al contemplar el ejército de los innumerables mártires a través de los siglos, hijos predilectos de Dios, de la Iglesia y de la Patria!

¡La lectura apasionada de sus testimonios, invade mi corazón sacerdotal de una emoción y gratitud, imposible de expresar!

Recuerdo, como si fuera hoy, lo que vieron mis ojos, oyeron mis oídos y palparon mis manos infantiles (tenía 8 años) de aquel glorioso Alcázar de Toledo, baluarte de fe y patriotismo, dentro del cual viví con mis padres, desde el comienzo del “Alzamiento nacional”, hasta el día feliz de la liberación (dos meses y medio); recuerdo del Generalísimo Franco, caballero cristiano ejemplar, servidor y defensor de la Iglesia, vencedor del comunismo invasor y de las “sociedades secretas”, víctima del odio de la “leyenda negra”, “la espada más limpia de Europa”, como le denominó el entonces Mariscal Pétain, otro de los grandes patriotas de la Francia de San Luis rey y Santa Juana de Arco, católico “de cuerpo entero”; en una palabra: mi recuerdo entrañable de la auténtica España, tierra de héroes, de santos y de misioneros, baluarte de la cristiandad; “Santa España”, como la llamó el famoso escritor Paul Claudel, ferviente convertido al Catolicismo... aquella “Madre Patria”, hecha un mar de sangre y un montón de escombros...

¡Y qué decir de mi amadísimo padre, un militar católico cien por cien, héroe y mutilado de guerra (cuyos restos reposan en la capilla del Alcázar), así como mi amadísima madre, esposa doliente y paciente, inseparable de mi padre, mujer de una fe y fortaleza poco común, “rezadora” incansable!

Aquel niño de ocho años, hoy en el dulce atardecer de una vida consagrada enteramente a proclamar, “a tiempo y a destiempo”, la Realeza Universal de Jesucristo, tiene que contemplar ahora el estado calamitoso y vergonzoso de esta envejecida, falsificada y desconocida España, por obra y desgracia de los corruptos gobiernos de los enemigos de siempre (“los mismos perros con distintos collares”), disfrazados con el nombre “seductor” de “democracia” (¡una democracia maldita!, por la sencilla razón de ser anticristiana y contranatura).

Pero “la sangre de los mártires es semilla de cristianos”, aquella sangre con la cual el gran católico García Moreno (entonces Presidente del Ecuador, año 1875) mientras agonizaba, tirado en el suelo, recién apuñalado por la masonería, dejó escritas de manera imborrable estas palabras: “¡Dios no muere!”.

Hoy nos toca a los católicos (al menos por ahora) otro género de martirio, al cual se refiere San Ignacio en la formidable y siempre actual meditación de las “Dos Banderas”: resistir sin claudicar, con la ayuda prometida del Espíritu Santo, viviendo “contracorriente”, marginados socialmente, acosados permanentemente por las fuerzas oscuras del Anticristo, en situación de franca minoría, pero con la alegría y la libertad de hijos de Dios y coherederos del cielo, una alegría y una libertad que el mundo no conoce y que nada ni nadie nos podrá arrebatar...

¡Sólo la verdad vence al error, el amor al odio, la unión a la división!

Termino con aquellas enardecedoras palabras de la Carta a los Hebreos:

“Teniendo, pues, nosotros tal nube de testigos que nos envuelve, arrojemos todo el peso del pecado que nos asedia, y por la paciencia corramos al combate que se nos ofrece, puestos los ojos en el Autor y Consumador de la fe, JESÚS; el cual, en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la Cruz, sin hacer caso de la ignominia, y está sentado a la diestra del Trono de Dios”

(XII, 1-3).

¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Reina de los mártires! ¡Viva la Iglesia! ¡Viva el Papa! ¡Viva la Argentina católica! ¡Viva nuestra humilde Fundación!

Queridos hijos e hijas: os bendice y abraza,

El Padre Fundador CR

CARTA PASTORAL DEL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO Y PRIMADO DE ESPAÑA

A todos los sacerdotes y fieles cristianos de la Archidiócesis de Toledo MÁRTIRES PARA LA RECONCILIACIÓN

Queridos hermanos y hermanas en el Señor: Se aproxima el día 28 de octubre, día grande y dichoso de la beatificación, en Roma, de 498 mártires del siglo XX en España. De ellos, 57 sellaron con su sangre el testimonio supremo de la fe en nuestra diócesis: 12 sacerdotes seculares, 1 subdiácono, 4 hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle) de la comunidad de Consuegra, 16 carmelitas descalzos, 22 franciscanos de la comunidad de Consuegra, un trinitario y un dominico. Demos gracias y alabemos a Dios "porque la sangre de los mártires, derramada, como la de Cristo, para confesar su nombre, manifiesta las maravillas de su poder".

Con devoción y agradecimiento unámonos a esta beatificación de estos mártires, que dieron su vida por Jesucristo como testimonio supremo de la verdad del Evangelio y de la fe. El martirio es un regalo de Dios preciosísimo que es preciso apreciar en todo su sentido. Nuestra moderna sociedad, permisiva y relativista, tiende a hacer arcaico y obsoleto el hecho y la grandeza del martirio. Los cristianos mismos parece que hemos perdido disponibilidad y aun sensibilidad para el martirio. Sin embargo es el supremo testimonio de la verdad de Dios y de la verdad del hombre.

Es signo y prueba, diáfano testimonio, de que Dios es Dios, lo único necesario, que está por encima de todo y lo vale todo, que sólo Él basta, que Él es, en verdad, Amor, fuente inagotable y hontanar de todo amor. El martirio es testimonio valiente y cierto de que Cristo vive, reina y nos salva, y que su salvación, su vida y su amor valen más que todo, son el tesoro al que nada se le puede comparar. La diócesis de Toledo, agradecida hasta lo más, quiere y debe conservar y vivir la memoria de sus mártires de la persecución religiosa del 36. Ellos han sido y son una fuerza de la fe cristiana vivida hasta el extremo del amor, testigos singulares de Dios vivo que es Amor en la vida de los hombres, ellos "son fuego, luz, renuncia a todos los egoísmos, espléndida manifestación de vida de entrega a Dios por las causas más nobles que puedan darse: la del triunfo de Cristo en la sociedad" (Cardenal Marcelo González), la del amor sobre el odio, la del perdón sobre la venganza, la de la paz sobre la guerra. Conservar y vivir la memoria de los mártires es un deber del cristiano.

Ellos han sido los frutos o los retoños más insignes de la madre Iglesia en el siglo XX, sus hijos más ilustres, las cimas más altas de humanidad en nuestras tierras en muchos años, lo mejor de nuestros pueblos. Cuando estamos próximos a estas beatificaciones "el corazón se ensancha, y dice uno... ¡Qué Iglesia es ésta! ¡Qué Madre tan fecunda, que, en cualquier momento de la historia, engendra estos hijos! ¡Qué fuerza lleva dentro de sí la Iglesia del Señor para ser tan perfectamente capaz de realizar esto: el que tantos hijos suyos amen al Señor y al depósito de la fe que la Iglesia custodia, hasta derramar su sangre!" (Cardenal Marcelo González).

Hay un aspecto inolvidable en los mártires, en nuestros mártires, bienaventurados porque trabajaron por la paz. Nuestros mártires, en efecto, "son insignes colaboradores de la paz. Porque, en todo momento, ellos han servido, antes con su apostolado, y después con esa generosidad con que se entregaron a la grandeza de la convivencia humana: porque murieron perdonando, no odiando" (Cardenal Marcelo González), sin que hubiese un solo caso de apostasía de su fe en Dios que es Amor, y de Jesucristo, Rey y Señor de todo y de todos. Ellos han sido, y son, para todos ejemplos innegables y conmovedores de personas con entrañas de amor y de misericordia, capaces de perdonar y morir perdonando como su único Señor. Ellos

son hoy y lo serán siempre memoria viva, llamada y signo, garantía de una honda y verdadera reconciliación, que nos marca definitivamente el futuro: un futuro de paz, de solidaridad, de amor y de unidad inquebrantable entre todos los españoles.

Ellos son de todos y para todos. ¿Cómo no vamos a unirnos al gozo grande de su beatificación el 28 de octubre, y tenerlos dentro de nosotros en esa memoria agradecida que no los puede olvidar porque su entrega y su testimonio son la garantía más cierta de un futuro permanente de paz, de perdón, de amor y unidad entre todos los españoles, porque el futuro está en Dios, del que son testigos, de Dios que es amor y misericordia, que nos ha reconciliado y perdonado en su Hijo por su sangre, y ha derribado los muros de la separación que eleva el odio y la violencia?

Porque, con estas beatificaciones la Iglesia también quiere "promover la unión de todos, porque ellos también la promovieron. No odiaron, repito, perdonaron... Ellos no tenían en la mano los resortes del poder, pero trabajaron para unir y para crear las bases de entendimiento entre unos y otros. Y cuando les llegó la hora suprema de la verdad, en que había de testificar, como testificaron ellos, su amor a Jesucristo, abrieron el corazón para que las balas entraran más fácilmente, y, de esa manera, demostrar con hechos más que con palabras, que seguían amando y perdonando" (Cardenal Marcelo González). ¡Qué paginas tan bellas de amor, de perdón de reconciliación nos dejaron todos nuestros mártires! Su muerte fue testimonio diáfano de Dios, que es Amor, y perdona, y concede el triunfo de la gloria donde permanecerá el Amor.

Nuestros mártires, son aliento, estímulo e intercesión, ayuda y auxilio para nosotros, para que demos testimonio público de fe en Dios vivo en un mundo que vive a sus espaldas y como si no existiera, y por tanto contra el hombre y su futuro, para una verdadera convivencia en paz y justicia, en la verdad y en el amor, en libertad verdadera fruto del amor en que se expresa la verdad. Acudamos a la intercesión de nuestros mártires y sigamos con esperanza la estela que ellos nos han dejado -el testimonio y confesión de fe en Dios, que es amor- para alcanzar las verdaderas metas de humanidad y de paz que necesitamos.

Y además, unámonos a estas beatificaciones. Os exhorto a que cuantos podáis no dejéis de asistir como peregrinos en Roma a la solemne celebración en la plaza de San Pedro, el día 28 de octubre. Que, como signo de lo que significan y son para nosotros nuestros mártires, sea muy numerosa la peregrinación diocesana. Que se vuelquen en esta peregrinación las parroquias donde nacieron nuestros mártires o llevaron a cabo su ministerio. Que la diócesis de Toledo, que tanto les debe a sus mártires, esté ampliamente representada por una gran afluencia de peregrinos y que el resto viva con piedad e intensidad religiosa este acontecimiento en sus respectivas comunidades.

Queridos sacerdotes, especialmente de las parroquias más directamente afectadas, animad a los fieles a que se unan a la beatificación, insistiendo en la importancia de participar de manera presencial en Roma, habladles de lo que significa el martirio, avivad el ánimo de los fieles para que eleven a Dios la acción de gracias y las súplicas a Dios por medio de nuestros mártires.

Preparémonos todos, en los días que faltan para este acontecimiento de gracia. No lo dejemos pasar.

Con mi afecto y bendición para todos,

+ Antonio Cañizares Llovera
Cardenal Arzobispo de Toledo
Primado de España

Toledo, 23 de septiembre, 2007

LA VIDA DE LOS MÁRTIRES

Recomendamos vivamente leer, meditar, imitar y difundir la vida de los mártires de Cristo Rey que serán beatificados el próximo domingo, como la de todos los demás de la persecución religiosa en España. Existe en internet un excelente sitio donde podrán encontrar abundante información, e incluso preciosos documentales: www.persecucionreligiosa.es

A continuación publicamos la vida de uno de los 498 mártires.

* * *

ANDRÉS SALGADO RUIZ-TAPIADOR

Hace ya más de veinte años, Doña Adela, viuda del mártir Don Andrés Salgado Ruiz-Tapiador, padre de cinco hijos, médico de Orgaz, escribió para una revista nacional el impresionante relato de las últimas horas de su esposo, que fue asesinado a los 33 años el 29 de agosto de 1936. Aunque algo más larga que las reseñas que estamos ofreciendo, creemos que es necesario que toda la Archidiócesis conozca el testimonio de lo que verdaderamente la Iglesia define como un mártir. Adela falleció el 23 de septiembre de 2003.

La familia Salgado Ruiz-Tapiador cuenta con 10 miembros asesinados. El primero de la familia fue un tío sacerdote de Don Andrés, Don Vicente Ruiz-Tapiador. En 1936, contaba ya 64 años, figuraba como adscrito a su parroquia natal de Orgaz. Fue detenido el 3 de agosto. Tan sólo permaneció dos días en la cárcel, pues en la noche del 5 lo sacaron, y, conduciéndolo al término de Mora, lo fusilaron en el campo.

Luego fue el turno de Francisco Salgado Ruiz-Tapiador, hermano de Andrés, de tan sólo 25 años...

Pero dejemos que Doña Adela prosiga con sus propias palabras la narración de los hechos.

Andrés cayó gravemente enfermo y fue visitado por un compañero que le previno que su enfermedad era grave y que precisaba de una intervención quirúrgica... Mientras gestionaba por todos los medios posibles un salvoconducto para trasladarle a Madrid (...), por confidencias supimos el día señalado del asesinato; y no hay que decir la terrible impresión que nos causó y la dura prueba a que todos nos vimos sometidos... El hecho es que cuando yo me disponía a decírselo, él me exigió que le dijera toda la verdad sobre su situación. Esto era a las seis de la tarde, y desde este momento ya no me separé de su lecho.

Dramático y sereno diálogo frente a la próxima muerte:

-Adela, tú serenidad, que yo me siento con valor para ir a la muerte. Tengo la conciencia tranquila que me da el deber cumplido... No, no me espanta la muerte, la miro frente a frente... y no me espanta...

Enseguida, con toda serenidad, me empezó a dar normas respecto a la educación de nuestros hijos. Me dio atinadísimos consejos, descendiendo a minuciosos detalles; y como resumiendo todo y poniendo en ello toda su alma, me dijo:

-Adela, sobre todo la educación de nuestros hijos; que los formes sólidamente cristianos. (...)

Se hizo un momento de silencio que yo respeté, pues me parecía que hondas reflexiones embargaban su alma y, como queriendo confirmar mis sospechas, exclamó:

-Adela, ¡con lo felices que éramos y sólo porque sí deshacer un hogar feliz!

Pero al momento, como cambiado por un resorte y como quien desecha una pesadilla, me dijo con toda serenidad:

-Adela, tú sigue viviendo con la mirada puesta siempre en Dios y en el Cielo, que allí volveremos a unirnos.

Y con el semblante inundado de gozo y rebosado de alegría, decía como recreándose:

-Y allí ya no habrá quien nos separe.

(Nueva pausa)

-Ahora, continuó, voy a pedirte una cosa antes de morir.

-Tú dirás, le repliqué.

-Pues mira: que les perdones de todo corazón, como yo les perdono.

Yo, emocionada y conmovida por la grandeza de su alma, le dije:

-Sí, Andrés, yo les perdono.

Pero él, aunque tenía fe en mis palabras, volvió a insistir y ponía en sus palabras toda su alma:

-Que lo hagas de todo corazón, como yo lo hago.

-Vete tranquilo, que yo les perdono de todo corazón, fue mi respuesta.

Sin duda que esto era su obsesión. Y convencido de mi perdón me trazó la norma que debía seguir:

-Mira, Adela, aún quiero más: quiero que, aunque algún día tengas ocasión de hacer algo contra ellos, no lo hagas; antes al contrario, hazles todo el bien que puedas. Mira, hija, para que haya víctimas tiene que haber verdugos.

Y como un hondo sentimiento de compasión que se le veía le salía del alma, añadió:

- Después de todo, desgraciado el que desempeñe ese papel.

(...)

Transcurrieron unos momentos y, puesto de rodillas y con los brazos en cruz, de la manera más natural exclamó:

-¡Señor, te ofrezco mi vida por la salvación de España y por la salvación de estos desgraciados! ¡Señor, que se conviertan! ¡Señor, que vean! ¡Que te conozcan! ¡Que te amen!

Despedida de sus cinco hijos

Me dijo que comparecieran todos nuestros hijos; quería despedirse de ellos. Ya todos reunidos, empezó por la mayor, niña de siete años próxima a cumplir los ocho, y siguió por los otros cuatro, teniendo para todos y cada uno de ellos palabras de amor y consejos prudentísimos, que no he de transcribir por no alargar demasiado este escrito, concretándome a referir el resumen de lo que él mismo dijo a todos:

-Hijos míos: sed siempre, y ante todo, cristianos prácticos, sólidamente católicos y así seréis útiles a Dios y a la Patria. Ahora no os dais cuenta, sois muy pequeños, pero recordadlo siempre. ¡Cómo quisiera yo grabarlo en vuestro corazón, muy dentro, muy dentro, para que no se os borrara nunca!

Y después, dirigiéndose a mí, añadió:

-¡Adela, después recuérdales todo esto con frecuencia y háblales de su padre y diles que les amaba con toda su alma!

Después fue bendiciendo a todos, uno por uno, y yo les hice ponerse de rodillas. Y cuando los hubo bendecido a todos, y, todavía de rodillas, yo les indiqué que debían pedir perdón a papá, los que podían hacerlo lo hacían llorando, y llorando repetían: Perdónanos, papá, si alguna vez hemos sido malos y te hemos dado disgustos. No se podía prolongar mucho esta escena que si atormentaba el corazón de su padre, tenía para él inefable dulzura. Además quería yo proporcionarle también algún consuelo, que al mismo tiempo me consolara a mí; por eso fui yo quien le pidió perdón:

-Quiero que ahora me perdones a mí si en alguna ocasión te disgusté o te hice sufrir. Desde luego que si así fue lo hice inconscientemente. Y sin dejarme terminar dijo:

-Levántate, hija. ¿De qué te voy a perdonar, si no has hecho más que hacerme feliz en todo momento?

Las ansias del Cielo le consumían; por eso le parecía que tardaban demasiado en entrar por él y exclamaba:

-¡Cuánto tardan!

Y dirigiéndose a mi madre preguntó:

-Mamá, ¿qué hora es?

-Las doce y media, respondió ella.

-Las doce y media y sin venir. ¡En qué pensarán estos hombres!

Intervino mi madre para decirle:

-Déjalo, hijo mío. ¿Quién sabe si algún buen corazón se compadece y no vienen por ti?

Mas él replicó:

-No, no será así...; sobre todo, si ha de ser mañana que sea hoy. Sin duda pensando que era sábado.

(...)

Era de un carácter verdaderamente entrañable, pero en donde concentraba siempre su cariño - se desbordaba de entusiasmo-, era con el niño pequeñín, que contaba a la sazón poco más de seis meses. Sabiendo esta pasión por Paquito, quise, antes de retirarle a descansar, que le besara por última vez. Y teniéndole en los brazos se lo acerqué...

-Adela -me dijo-, quiero que me digas lo que ha sido de toda la familia, quiero saberlo todo antes de morir.

Llevaba enfermo algo más de un mes, y con este motivo nos había sido fácil ir ocultándole los tristes acontecimientos sucedidos en la familia.

Viendo la serenidad y fortaleza de su alma, no dudé un momento y le di cuenta de todos los que habían muerto y, en cuanto pude, con los pocos detalles que yo sabía.

Hube de explicarle que el día 18 de agosto habían matado a su hermano Paco, quien por su bondad atraía el cariño de toda la familia. Adivinaba yo que quería saber cómo había muerto y le dije cuanto sabía de él: que estuvo encerrado en la prisión con Santiago Fernández, sacerdote virtuosísimo y pariente muy querido de todos, con quien confesó; y que, como los demás, murió confesando a Cristo. Entonces él, elevando los ojos al Cielo, exclamó conmovido: "¡Pobre madre, qué lastima de madre! ¡Qué martirio y soledad te espera!"

Yo entonces me consideré en el deber de decirle: "Mira, mientras yo viva y ella quiera estar con nosotros, yo nunca la dejaré".

"Sí, ya lo sé. ¡Si te conozco", me respondió.

Me preguntó entonces: "¿Qué hora es, Adela?"

"La una", le respondí.

Y él entonces me ordenó resuelto: "Anda, ve por mi ropa y calzado, que me voy a vestir".

"No, espera; tal vez viéndote en cama te dejen".

"No, hija, de ningún modo quiero vestirme delante de ellos. Ahora llévame a donde están mamá y Balbina. Quiero despedirme de ellas". Y al abrazarlas les dijo: "Adiós, hasta el Cielo".

Ellas empezaron a llorar y, sin perder un punto su serenidad, les consoló: "No llorés, muy pronto nos veremos en el Cielo..."

¿Inspiración de Dios? No lo sé. Lo que sí sé es que esto ocurría el 29 de agosto y el 16 de septiembre siguiente las asesinaban a las dos.

Después volvimos a donde estaban los niños. Y arrodillándose delante de un cuadro del Santísimo Cristo del Olvido, estuvo unos momentos en oración mientras en la calle se oía el ruido de un motor. Ya no cabía duda. Como ellos tenían la llave que ni había sido arrebatada, entraron sin llamar y subieron a la habitación donde nos encontrábamos unos hombres armados de pistolas y escopetas que le ordenaron que se fuera con ellos. Él obedeció sin replicar nada. Y sólo cuando bajaba la escalera, dirigiéndose al que hacía de jefe le dijo:

-¿Me permite que vuelva a dar un beso a mis hijos?

A lo que respondió:

-No se despida usted de sus hijos. Si usted no va a morir, si le llevamos para que le curen.

Entonces él, volviéndose con mucha entereza, le dijo:

-Sí sé dónde me llevan, pero no me importa.

Bajó por su pie serenamente hasta la calle, donde esperaba la camioneta, y ya en el dintel de la puerta me dijo abrazándome:

-Adela, mira al Cielo, la Providencia mirará siempre por vosotros. Confía en Dios, que para ti y los niños no os faltará nunca. ¡Hasta el Cielo, Adela, hasta el Cielo!

Yo llevaba en los brazos al niño pequeño, que tenía seis meses. Y besándolo le dijo:

-Tu, hijito, no vas a conocer a tu padre.

Y, tras un segundo de silencio, dijo:

- En el Cielo le conocerás.

Efectivamente, ya se han conocido... El niño moría tres años y medio más tarde, cuando contaba cuatro de edad.

Yo entonces le dije:

-Andrés, vete tranquilo, que Dios nos dará la fortaleza necesaria. Y tú ten valor hasta el fin, únete a Cristo, que ÉL te dará la fortaleza necesaria para morir confesándole.

Al subir a la camioneta vio a nueve amigos que como él iban al martirio. Lleno de fe dio un **¡Viva Cristo Rey!**, que fue unánimemente contestado por todos ellos; y dando vivas sin cesar a Cristo Rey -que en medio del silencio de la noche de verano se oían perfectamente por las calles por donde la camioneta pasaba-, se afirmaba de una manera más solemne su arraigada fe católica.

Por referencia de los mismos asesinos supimos que el que los capitaneaba, en el trayecto les dijo así:

-¡Pero este tío, que va medio muerto (como se encontraba enfermo) y todavía con Cristo en la boca...!

Entonces Andrés, con gran energía, contestó:

-Y con ÉL estaré mientras viva.

Supimos también que cuando llegaron al sitio donde fueron asesinados le ataron a un palo del telégrafo y uno de los asesinos le entró el cañón de la escopeta en la boca brutalmente. Y, al disparar el arma, dijo rabiosamente estas palabras:

-¡Toma Cristo Rey!

Blasfemas fueron estas palabras en la boca del miliciano, pero fueron el magnífico sello, el glorioso certificado del martirio de aquel tan ferviente católico, para mí tan querido y cada día más inolvidable.

Pude comprobar que el disparo fue hecho en la forma en que los asesinos lo refirieron, porque unos días antes de hacer la exhumación de los restos -en el cementerio de Mora de Toledo para hacer su traslado a Orgaz- me enteré que un periódico hacía el relato de la misma forma. Y, efectivamente, fue así porque, al recoger sus restos, vi que las mandíbulas estaban completamente deshechas.

PRÓXIMOS APOSTOLADOS PARA REZAR E INVITAR...

Roldán

2 al 4 de noviembre: Encuentro nacional de la Legión juvenil de Cristo Rey.

11 de noviembre: Retiro mensual de perseverancia (todos los segundos domingos de mes): de 9:30 a 13 hs

Bahía Blanca

2 al 4 de noviembre: EE para hombres en Casa "La Asunción".

Buenos Aires

4 de noviembre: Retiro mensual de perseverancia (todos los primeros domingos de mes): de 9:30 a 13 hs., en el Colegio "Ntra. Sra. de la Misericordia" (Cabildo 1333).

Comodoro Rivadavia

2 al 4 de noviembre: EE para mujeres en El Tordillo".
9 al 11 de noviembre: EE para hombres en "Colegio Dean Funes".

Córdoba

2 al 4 de noviembre: EE para matrimonios, en "Betania", La Falda.
16 al 18 de noviembre: EE para jóvenes varones en "Betania", La Falda.

Miami (EEUU)

26 al 28 de octubre: EE para hombres, en "Juan Pablo II".

Rosario

1º de noviembre: Reunión de profesionales, en Casa Nazareth, a las 18 hs. El tema del encuentro será la presentación del libro: "Las 54 virtudes atacadas", a cargo de su autora, la Sra. Marta de Olivero.

San Luis

16 al 18 de noviembre: EE para hombres en "Villa de la Quebrada".

**Por el triunfo de Cristo Rey
en el Corazón Inmaculado de María
al servicio de la Santa Madre Iglesia**

Si desea comunicarse con "El Camino", escriba a:
<http://www.cristorey.org/contacto.htm>
Los números ya publicados pueden consultarse en nuestra web:
www.cristorey.org/elcamino

Para darse de ALTA mande un e-mail a "listas@cristorey.org" con el siguiente texto en el cuerpo del mensaje: **subscribe camino Nombre Apellido Ciudad** (Ejemplo: **subscribe camino Juan Perez de Buenos Aires**). El asunto debe quedar en blanco.

Para darse de BAJA mande un e-mail a "listas@cristorey.org" con el siguiente texto en el cuerpo del mensaje: **unsubscribe camino Nombre Apellido Ciudad** (Ejemplo: **unsubscribe camino Juan Perez de Buenos Aires**)

Director de "El Camino": P. Diego Crisafulli CR
Casa Madre del Instituto Cristo Rey
Talacasto 113 S2134DFC ROLDÁN (Santa Fe) Argentina
Tel/fax: (0341) 496-1391
www.cristorey.org